

veces, divagar innecesariamente, con desmedro de la calidad poética, nos dará en un libro futuro la confirmación de su alta valía.—C. P. S.



ROBLE HUACHO. Novela de *Daniel Belmar*. Ediciones Cultura, 1948. Santiago.

Más que obra ceñida a los clásicos y aceptados moldes de la novela, «Roble huacho» es un conjunto de cuadros y tipos lugareños, con dos hilos que los unen y hacen el ambiente: el fracaso y la miseria.

Libro acongojado, de un verismo escalofriante, pinta con maestría de forma—aunque a veces se hable en él de la vereda por la acera, y del dintel por el umbral—la vida opaca de seres miserables y encanallados en un pueblo sureño de Chile.

Lejos de lo vernáculo, bullanguero y artificioso, tienen sus páginas un fuerte calor humano. Es pintura de almas primitivas, pero no por eso menos interesantes que las que acusan un alto señorío espiritual. Y como una novela puede ser maestra—ahí están, para probarlo, las obras cumbres de la literatura rusa—pintando a seres en perpetua parvulez, no puede tomarse pie—sin caer en una simpleza de juicio—de la insignificancia de los personajes de «Roble Huacho» para afirmar que es una novela intrascendente.

Certero en la pincelada psicológica que fija un tipo o da relieve a una escena, Daniel Bernal se nos presenta como escritor fogueado, a pesar de ser ésta su primera obra. Nada hay en él que nos muestre al novicio en la técnica literaria. Estilo rico y sugerente, apenas si podría tachársele cierto exceso de adjetivación, que, a la larga resulta fatigoso para el lector.

Sabe graduar el dramatismo, y no cae jamás en la estridencia. Pero junto a estas virtudes, que son capitales en una novela,

debemos señalar una falla, imperdonable en novelista de su valía: la procaacidad.

El naturalismo grosero fué agotado por Zola y sus discípulos, y ya no asombra a los burgueses, ni a los otros, y no pasa de ser una demostración de ingenuo anacronismo que no interesa.

Hay una escena en «Roble Huacho», el examen de una enferma por el boticario del pueblo, que producirá malestar físico hasta al lector de criterio más amplio y más habituado a escabrosidades.

Eso va más allá del límite que se tolera al realismo, y es caída lamentable en escritor que, como Bernal, no necesita de pinceladas de mal gusto para dar fuerza a sus relatos.

Llega el autor de «Roble Huacho» a la trinchera literaria en que defiende y afirma su nombradía el autor de «Hombres Oscuros». Nicomedes Guzmán, desde ahora, no estará solo como novelista de almas en derrota.

Ojalá que él y Bernal nos den un día la novela de la esperanza, sin la sangre que atormenta.—C. P. S.



Una novela sugestionante: PLENILUNIO, de Rogelio Sinán.

Pese a las opiniones negativas, es indudable la riqueza técnica y temática de la novela hispanoamericana. Nuestros pueblos y sus costumbres; nuestros hombres y sus arraigos en lo nativo y natural, nuestras almas y sus estratos vigorosos y generosos, han sido el pedestal donde se ha erigido el discutido monumento de la novela continental. Huelgan los comentarios alrededor de ese grupo de novelas ya tradicionalmente representativas. En lo que puede insistirse es que, si bien la gran novela sudamericana afincó su alma en el folklore y en las costumbres nuestras, en las particulares pasiones y sentimientos de nuestros